

4251

R-2535

CALÍNEZ

Herederero de la jefatura del partido liberal
Semanario satírico



SE PUBLICA LOS MIERCOLES

DIEZ CENTIMOS el número

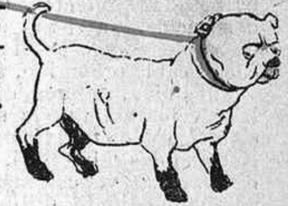
ADMINISTRACIÓN

Colmenares, 7, bajo izquierda

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid, trimestre.....	1,50 pesetas.
Año.....	6
Provincias y Portugal, semestre.....	4
Extranjero y Ultramar, año 16	---
Número atrasado.....	0,25
25 ejemplares.....	1,50

1874 2



¡AHORA, A TRABAJAR!

(PROGRAMA REGENERADOR)



SE NECESITA UN GOBIERNO PARA IR TIRANDO

Voy á presentarme

¿Mi programa? Yo no tengo programa. Y ¿cómo he de tenerlo siendo como soy heredero de la jefatura del partido liberal? Mi programa es el de Gamazo: un cuñado, una disidencia y una rotativa.

O el de Moret: un corresponsal de un periódico inglés para darme bombos por libras—es decir, bombos pesados—y una expropiación de una casa de la calle de Segovia, que ni es casa, ni calle ni nada.

O el de Meco, el que matamos entre todos. Elijan ustedes, señores lectores, de esos tres programas el que les parezca más *sugestivo*, y ese es mi programa ó mi *trolley*, ya que desde la implantación del tranvía eléctrico nadie puede andar en Madrid sin *trolley*.

Y si no, hagan ustedes el favor de fijarse. El *trolley* de Sagasta es Canalejas, recompuesto por el cable del *Heraldo*.

El de Silvela, Villaverde, por otro cable más tenso.

El *trolley* de Weyler será el que le cueste más barato; mejor dicho, el que le salga gratis.

El *trolley* de Polavieja no es el *trolley*, sino la *trolley*.

Y Castelar no tiene *trolley*. De vez en cuando se rompe el cable, no el principal, sino el protector, el que se colocó para evitar desgracias, y revienta á una caballería. ¡Si en vez de romperse y caer el cable protector, se rompe y cae el cable protegido, mata á un político!

Pues bien, señores, con tanto *trolley* sucedáneo de la tracción animal, la situación parece un tranvía eléctrico y los tranvías eléctricos parecen arcos de Noé con dos miradores, uno por delante y otro por detrás, para ver con más comodidad cuándo llega la paloma de Montero Ríos con una hojita de peregril en el pico, ¡que es todo lo que nos ha dejado la comisión yankee, no el pico siquiera, sino la hojita de peregril!

A lo mejor se le suelta el *trolley* á Sagasta y ¡zas! se quedan todos sus contertulios á oscuras, tan á oscuras como está su yerno el Sr. Merino hasta de los emplastos que confeccionaba dignamente el consuegro de nuestro primer estadista y gobernante D. Práxedes Mateo Sagasta (q. s. g. h.); es decir (que sin ganas hacierte). ¡No dirán los fusionistas que no he puesto bien la hache!

¿Y qué sucede en esa arca de Noé, mal comparada (sigo hablando de la situación) cuando sus habitantes se quedan á oscuras? Exactamente lo mismo que en los tranvías de *trolley* al ocurrir un accidente parecido: que todos los viajeros empiezan á despoticar, ó dicho de manera más política, que se abren las Cortes.

Y además se para el carro! En suma, amados perros grandes, quiero decir, idolatrados lectores, yo, Calínez, vengo al estadio de la prensa, á heredar el *trolley* de Sagasta. Apenas este distinguido hombre público se vaya decididamente á paseo á la Moncloa, albergando el honesto propósito de echar allí mano á mano una brisca con el vecino y propietario de tan ameno sitio, D. Alberto Aguilera (muy reconstituyente de los comités fusionistas) yo me apoderaré, sin rotativa ni Grandes de Vargas, de la jefatura del partido liberal, ¡único sueño de mi corta existencia!

Digo, no; también he soñado que á D. Segismundo Moret se le caía la casa de la calle de Segovia á consecuencia de dar sobre su tejado el cuerpo de un señor Mora, suicida arrojado del Viaducto de la misma expropiación.

Y mientras llega el dichoso momento de que pueda poner en mis tarjetas

CALÍNEZ

JEFE DEL PARTIDO LIBERAL

Se hacen operaciones con la mayor reserva é interés.
Digo, no.

CALÍNEZ

JEFE DEL PARTIDO LIBERAL

Se indemniza y expropia.

Digo, tampoco.

CALÍNEZ

JEFE DEL PARTIDO LIBERAL

Hay ascensor.

Saludo con la habitual cortesía á la prensa toda, y con verdadero cariño al *Heraldo de Madrid* y *Madridómico* y á algunos colegas de provincias.

El hombre por muy Calínez que sea, es libre en sus afectos. Yo tengo los míos, y para ello pago mi peseta mensual á la Asociación de la Prensa.

¡Asociémonos una vez más, lectores, y nuestro será el *trolley* de Sagasta!

LOS MIL Y UN MIERCOLES Y MEDIO DE DON PRAXEDES

El presidente del Consejo de Ministros, aunque gobierna mal come bien.

Sobre todo el puchero le entusiasma como su propia biografía.

Y después de devorarse á sí mismo hasta el último garbanzo, se queda adormilado en un sofá del

comedor del cual han salido diversos ministerios y el pelote.

Cruz, su *alter ego*, porque siempre detrás de ésta se halla D. Práxedes, se le sienta entonces delante y en un taburete.

Pablo Cruz nació para estar sentado en un taburete ó en la subsecretaría de un sillón ministerial.

D. Práxedes, que empieza á sentir la ebullición interna de los garbanzos, cierra los ojos con tanta facilidad como las Cortes, y le dice á Pablo Cruz con voz soñolienta y gangosa, que es la voz que gasta en el Poder y en el sofá:

—Si no duermes, Scheherazada, cuéntame la historia del príncipe Pelmazo, de la princesa Aura, su cuñada política, y del resto de la compañía de los lunes clásicos de *El Español*.

—Estoy dispuesto á obedeceros, gran señor y Califa de todos los parientes, le responde con sumiso acento Scheherazada.

—Pues comienza.

—Pues comienzo. Había una vez en Damasco...

—Perdona que te interrumpa, Scheherazada; ¿hacia donde cae Damasco? Yo tenía una colcha de eso y creo que la empuñé en la oposición.

—¿Habrá vencido ya la papeleta?

—Indudablemente.

—Entonces, Damasco, gran señor, ya no cae, ha caído.

—Tienes razón; pero después de todo, mientras no caigamos nosotros, poco importa que caigan las colchas. Coge nuevamente el hilo de tu cuento. No, eso que has cogido es el cordón de mi bata.

—Tenéis razón, señor; me he equivocado como vuestro sobrino D. Amós, que creyendo que tenía una guía torcida, le metió dos dedos en el ojo izquierdo al duque de Almodóvar y se lo estaba poniendo puntiagudo.

—Pues trabajo le costaría á mi sobrino sacarle punta al duque de Almodóvar. En fin, Scheherazada, coge como te dije el hilo de tu cuento, y vamos con el príncipe Pelmazo que había una vez en Damasco. A propósito, el damasco ¿no es una tela que hace aguas?

—No, gran señor; ese tejido se llama moaré.

—Se lo recomendaré á Silvela, que anda muy mal de... moarés, sin duda por Polavieja. Volvamos á tu cuento.

—Había, pues, en Damasco un príncipe llamado Pelmazo, que lo era.

—Todos los príncipes lo son, Scheherazada.

—¿Pelmazos, gran señor?

—No, príncipes.

—El de mi cuento era hombre perito en leyes y tan amante del billar, que aunque de irascible condición jamás soltaba los tacos.

—¿A esos son, Scheherazada, á los que tengo más miedo! El hombre que se traga los tacos tiene una partida dentro.

—El príncipe Pelmazo se captaba la estimación de todos los damascenos por el interés que se tomaba respecto á sus haciendas, y aunque no era hablador en demasía, una frase suya le granjeaba el afecto de toda una familia.

—Lo mismo me sucede con la mía cuando digo: ¡Comed! Hay frases afortunadas.

—Vivía, pues, satisfecho y tranquilo el príncipe Pelmazo, haciendo pleitos y ganando carambolas...

—Me parece, Scheherazada, que has confundido los verbos «haciendo carambolas y ganando pleitos» ¿no es eso lo que querías decir?

—Sí, gran señor, mil gracias por la rectificación; vivía, digo, satisfecho y tranquilo, gozando en la dulce amistad de su hermana política la princesa Aura...

—Ciérrame aquella puerta, Scheherazada; siento el soplo de esa princesa, como si se me colara otra vez en el ministerio.

—Cuando de pronto el príncipe empezó á llenarse de granos.

—Le habría llovido á tiempo.

—Primero le salió uno en el pie derecho; después se le cubrió la pierna...

—Naturalmente; como el grano estaba bajo, el príncipe compraría.

—Luego le brotó la erupción en la espalda, después se le corrió al pecho, enseguida á la garganta y al fin, señor, el desdichado príncipe semejaba un guardia civil de caballería.

—No entiendo la semejanza, Scheherazada.

—Sí, gran señor, de los acuartelados en las Cuarenta fanegas.

—¡Ah, ya! los de la escolta del gobernador. ¡Pobre príncipe, lleno de granos de arriba á abajo!

—No, gran señor, la erupción le llegó hasta el cuello, pero aun tenía la cabeza libre.

—Mira tú, no me lo imaginé de tantas dimensiones. Y qué ¡le picaban!

—Como si fuesen fosforitos expropiados en la calle de Segovia. El príncipe no sabía ya como rascarse.

—Apuesto á que no usaba barba.

—Rascábase á unate, con minutas, por tres tablas, con efecto contrario ¡todo inútil! Aquel agudísimo y constante picor le tenía en el ministerio de Fomento como sobre agujas. Entonces se le ocurrió á uno de sus íntimos preguntar á todos los gobernadores de las provincias del reino de Damasco, qué procedimientos ó qué metodos empleaban sus respectivos súbditos para rascarse cuando les picaba. Las respuestas no tardaron en venir, y la primera

que se recibió produjo en Damasco un escándalo horroroso.

—¿Qué me dices, Scheherazada, aún se escandalizan en Damasco?

—Sí, gran señor; la respuesta del gobernador de una provincia por donde anduvo Hércules, pariente por cierto de la princesa Aura—no Hércules, sino el gobernador—levantó en Damasco una gran polvareda. El gobernador de que hablo se refería á algunos—pocos afortunadamente—de sus súbditos, y el príncipe, al recibir ese informe, sufrió tan gran sofocación y se arrebató de tal modo, que inmediatamente le sucedió lo que más temían los médicos de Damasco.

—¿Y qué fué eso, Scheherazada?

—Que se le subieron los granos á la cabeza!

—¿No había, por consiguiente, salvación para él?

—Todos lo temieron; pero un gran sabio y encantador...

—¿Encantador? Entonces ocupará el primer sillón que vaque en la Academia.

—Seguramente; pues ese gran encantador dijo que la picazón del príncipe podía todavía curarse.

—¿Cómo, cómo; con una herencia?

—No, gran señor; lo dijo en verso, para mayor claridad.

Para que el príncipe viva sin tenerse que rascar, es necesario comprar al punto una rotativa.

—Eso es una cuarteta.

—Y una disidencia.

—¿Se la compraron, Scheherazada?

—Gran señor, el sueño me rinde; dejemos la continuación de la historia para otro miércoles.

—Tienes razón, Scheherazada; yo también me siento con deseos de gobernar. Baja la luz del quinqué.

(Pocos instantes después, Sagasta y Pablo Cruz gobiernan roncando á dúo.)

TALADRES Y PROLIJOS DEL ALBUM DE CALÍNEZ

¡Ya nos hemos arreglado! Sagasta está constipado: no se encuentra nada bien.

Ya Canalejas su ayuda le ofrece por ver si suda, pero él sigue:—Ején, ején...

Y entre pastilla y jarabe, tose como él solo saba.

¡Qué don Práxedes! ¡No hay dos como él! ¿Qué hombre con más suerte?

Llegando un trance de muerte... se defiende con la tos.

De tos en tos va tirando y en el tiempo confiando: pero esto se halla tan mal que, cual puede ver cualquiera, hoy es ya la escupidera símbolo ministerial.

Seguirá atascado el carro y Sagasta con catarro: pasará lo de Paris, sin que la situación mude y si le dicen que sude dirá:—Ya suda el país.—

Y por si acaso no suda tras de Sagasta se escuda Silvela, el gran camastrón, que mirando a don Camelo:—Con el sudor—dice—¡al pelo!

pronto vendrá la reacción.— Y Sagasta carraspea, la oreja izquierda mosquea y exclama entonces:—¡Bah! ¡bah!

¿Con la reacción contábais? ¿Que vendrá luego esperábais? Pues, eso... ha venido ya.

Como está malo don Práxedes le dijo á Cruz:—No recibo.— Y al conocer esta orden dicen que Gamazo dijo:—¡Vaya, vaya! No recibo y quiere tener partido.

Julián Romea padece un catarro intestinal (del cual deseo se alivie á la mayor brevedad) pero ese entripado el público lo había supuesto ya.

¡Tanto comerse palabras tenía que acabar mal!

Las adhesiones que á don Camelo remiten ahora por telegrama copia el *Heraldo*, con mucho celo y alguien exclama:—¿Será todo ello pura camama? ¿Querrá el *Heraldo* tomar el pelo á su Marcelo?

De telegramas tanto derroche, tantos elogios á *trache* y *moche* mucho me escaman ¡oh general! Puede vucencia ceder el saldo de los que os votan desde el *Heraldo*, que os está haciendo *New Funeral*.

—Hola, Calínez.

—¡Gran Piave!

RECETA INÚTIL DE LA SEMANA

Para tener un gran saca-corchos

Hay botellas y botellas, como no ignoran los lectores. Unas son tan pequeñas, que las emplean los ufragos para comunicarse con el ministro de Ma-

ta, y otras tan grandes, que se las puede trasegar literato escribiendo.

Además hay Botella (don Cristobal).

Para que en ningún caso, y por grande que sea la tella que se trate de descorchar, echemos de menos el artefacto conveniente, ó sea para construir oídamente un saca-corchos gigante, damos á estos lectores esta receta infalible.

Se obtendrá el deseado tirabuzón, haciéndole la ca á Aguilera

rueben los lectores y nos darán á su tiempo las cías, que buena falta nos van haciendo á todos periodistas más ó menos festivos.

... y no va más

Mañana jueves se anuncia en París la solemneremonia de imponer el Sr. Montero Ríos á Félix Faure el collar de la orden del Toisón de

so será lo que tase un sastre norteamericano. Porque vamos á ver ¿se han enterado del proyecto comisionados yanquis?

¿Tan seguro tenemos que no haya de antojarse también ese collar?

Parece que los tranvías eléctricos no dan resultado.

Un día se desprende un cable.

Otro día se desprenden dos.

Y estas repetidas pruebas de desprendimiento se traducen en un servicio imposible y en una circulación poco menos que forzosa.

Todo ello es triste, muy triste, tristísimo.

¿Hasta cuándo vamos á estar sometidos á la tracción animal?

—¿Qué hay de nuevo?

—Una explosión.

—¿Dónde?

—En la Prosperidad.

—¿Quita por Dios! Hace tiempo que todo eso voló ya.

Ya sabrán ustedes que la causa de nuestros males estaba en la holgazanería y, por consiguiente, el remedio de ellos no puede buscarse más que en el trabajo.

Bueno, pues ahora lean ustedes:

«Más de 600 obreros estuvieron ayer en el gobierno civil en demanda de trabajo.»

Pues la hemos hecho buena.

Hay 600 buenos españoles decididos á regenerar el país por medio de la panacea susodicha y resulta que no les dan trabajo en ninguna parte.

El cardenal de Valladolid ha salido á la defensa del Sr. Sagasta.

No será ese el único purpurado que emprenda tan caritativa obra.

Bien sabíamos nosotros que el Sr. Sagasta no estaba sólo.

Los cardenales le hacen muy buena compañía.

Que los yanquis se quedan con Filipinas, eso ya no lo duda ni el doctor Pangloss.

Pero no se ha extinguido la raza de los bandidos generosos.

Nuestros vencedores están dispuestos á darnos 40 millones de duros.

Y aun quizá se alargasen á los 100 millones.

Mas bien se ve, por el rumbo que toman las cosas, que estamos dispuestos á hacer nuestra última solemnisísima gallardía.

Nos quedaremos sin el Archipiélago.

No queremos tomar los millones.

Y además—como el baturro del cuento—para que vean que tenemos mal genio, nos iremos á la cama sin cenar.

Dice un periódico:

«Dase por seguro en los círculos oficiales británicos que en lo que resta de año visitará la escuadra americana los puertos de la Gran Bretaña.»

Siempre será para fines de Diciembre cuando se reúnan ambos ilustres socios.

Es la época más indicada para hacer el balance anual.

El viernes próximo se estrenará en el Nuevo Teatro la comedia en cuatro actos *Los Danicheff*, original del célebre escritor ruso Pedro Newsky.

Dado lo ruso del espectáculo recomendamos á la empresa que tenga cuidado con la calefacción.

De este modo unos irán por *Los Danicheff*.

Otros por Pedro Newsky.

Y otros por el chouberry.

Imp. de EL ENANO, Arco de Santa María. 8.

aunque lo juren ustedes.
¡Darle dinero á don Carlos!
¡soltar gaita al pretendiente!
Cierto es que, según sabemos,
don Carlos está muy fuerte
en eso de sacar cuartos
y de tratar con ingleses:
é ingleses de varias razas
en toda Europa los tiene
pero ¡un empréstito! ¡Vamos,
que se dice y no se cree!
En fin, aquí hay varios socios
que nos lo dirán en breve,
pues liquidan el empréstito
muy pronto, como les dejen.
¿Verdad, don José María?
¿No es verdad, Nogueiras?

—¡Eh!

CUENTO DE CAZA

Oliendo á romero—que es el olor más díscolo é independiente que puede darnos en la nariz—volvían de su jornada cinegética Gamazo, Maura y todas las demás buenisimas escopetas de ese partido de dos cañones. Regresaban en grupo alegres y contentos después de haber cobrado muchas piezas—porque pensar que ellos habían de volver sin cobrar alguna cosa, fuera pensar en lo excusado—y amigablemente departían acerca de si la caza de la codorniz es ó no más difícil que la caza de snscriptores para *El Español*. Sostenía lo primero Sánchez Guerra é inclinábase Maura por lo segundo, mientras que Don Germán, siempre prudente y sabio, era de la opinión contraria; pero quien más estaba en lo cierto era quizás el modesto guía de la expedición, que sosteniendo en cada mano un conejo y con risa de lo mismo en la boca, pensaba para sus adentros que al cabo y al fin, entre la codorniz sencilla y un suscriptor á *El Español*, no hay diferencia que merezca la disputa más leve.

Llegaron en esto á la casa de campo, donde les aguardaba un reparador y bien sazonado almuerzo; pero antes de sentarse á la mesa y para desentumecerse los ateridos miembros, sentáronse los cazadores alrededor del luminoso hogar, luego de desembarazarse todos de armas, pertrechos, sombreros, abrigos y demás accesorios que ya pesaban sobre el cuerpo ansioso de libertad y holgura.

Tranquilo quedó D. Germán viendo arrinconadas á su derecha todas las armas y á su izquierda todos los morrales del partido, y tomando la palabra mientras ponía los pies, que no las manos en el fuego, dijo lo siguiente:

—Vaya un cuento de caza—señores—para abrir el apetito y dejar que se haga el arroz.

—¿Un cuento?—preguntaron varios cazadores admirados ante semejante llaneza de D. Germán.

—Cuento ó historia si queréis; se trata del modo como empezó mi enemiga contra D. Práxedes, ó mejor dicho, el enojo suyo contra mi inofensiva persona.

—Si se refiere usted á la última crisis—se atrevió á objetar un cazador—lo que va usted á contarnos es un cuento verde, y ya ve usted que está delante la cocinera.

—No hay que apurarse—repuso Gamazo;—mi cuento es mucho más anterior y no puede herir orejas femeniles.

—Entonces venga el cuento antes de que se pegue el arroz.

—Allá va. Era yo en cierta ocasión ministro de no recuerdo qué, porque yo he sido ministro de todas las carteras y aun cartera de todos los ministros, que es como ser alma y vida del gabinete. Había que trabajar de firme porque estábamos arreglando los presupuestos parciales; pero era el tiempo tan hermoso, tan cabal mi salud y quizá por eso tan íntima mi alegría, que una y otra quise aumentarlas con una expedición al campo antes de que se me malograsen en el despacho ó en el banco azul. Pedí

Navamorcuenue

línez; hemos recibido grandes novedades del reino y extranjeros.

Cal.—¿Cómo? ¿Pero esto es librería ó almacén de coloniales?

Nav.—Librería sigue siendo, señor Calínez, y así me luce á mí el pelo; ¿quién piensa en almacenes de coloniales? Los pocos que aún conservan ese título ya los ha reclamado la comisión ó cuadrilla norteamericana, y se asegura que en breve veremos ondear el pabellón yanqui en una casa de Pinto.

Cal.—¿Cómo?

Nav.—Sí; en la casa de la Compañía Colonial.

Cal.—¿De modo que Pinto será yanqui?

Nav.—Eso; y España quedará entre Pinto y Valdemoro. Pero vea usted, vea usted, señor Calínez, las novedades que le decía...

Cal. (hojeando un libro).—*Jesús... ¿Esta es una novela ó la contestación á un estornudo?*

Nav.—De lo uno y de lo otro tiene; á la cuenta, quien estornudará leyendo ese libro será el marqués de Comillas y la Compañía... Trasatlántica ó lo que sea.

Cal.—Conozco al autor, Dionisio Pérez ó el doctor Pedro Recio de Tirteafuera; muy amigo de Canalejas y de Moret, según tengo entendido. Sin embargo, escribiendo no es ningún Labastida, ni ningún Reparaz (Cogiendo otro libro). ¿Y este portfolio?

Nav.—No es portfolio, aunque lo parece por ese retrato de cómica francesa que lleva en la portada. Vea usted el título: *Bohemia sentimental. Novela por Enrique Gómez Carrillo*; en la segunda portada, advierte el autor que su libro «es un jardín sellado para el que no tiene la fortuna de vivir en Belleza...»

Cal.—¿Sí, eh? Pues pueden echarme el sello, que vivo entre Frontaura y Fernanfior, con vistas al marqués de Valdeterrazo; es decir, lo más lejos posible de Belleza y de todo país de esteticismo.

Nav.—Creo haberle oído á usted que el Sr. Gómez Carrillo era muy devoto de los estetas.

Cal.—Como los estetas suelen ser devotos de los Carrillos. *Bohemia sentimental* me parece un libro muy apropiado para gamacistas. Envíele usted un ciento á Ribot... y *Jesús* el de la Compañía de Comillas se regocijará infinito, porque es de la casa de la calle de Génova, á espaldas del Palacio de Justicia.

Nav. (mostrando otro libro).—Vea usted este: *Cuentos baturros*, por Alberto Casañal Shakery, con un prologo, un intermedio y un epílogo, etc.

Cal.—Vamos, como los tranvías eléctricos: plataforma delante, plataforma detrás y el trolley en el centro.

Nav.—Además tiene una jota para piano y profusión de dibujos de artistas aragoneses que no conocen ni el fusil del tío Jorge.

Cal.—En efecto, los fogonazos no se ven, como suele ocurrir en otros dibujos; pero hay en el libro chispas no semejantes á las de Manuel del Palacio, ese Delrieu de la poesía lírica.

Nav.—¿Por qué Delrieu?

Cal.—Hombre, porque últimamente se ha inspirado en los carros de mudanzas. En fin, Casañal, ya se sabe, es un poeta fácil y festivo como pocos, y ya quisiera D. Ricardo de la Vega para sus relatos semanales... Pero ¿qué es esto amarillo y encarnado? (Quitándose el sombrero.) Descubramonos, amigo Navamorcuenue.

Nav.—¿Por la bandera nacional?

Cal.—Por la bandera, por don Benito y por Mendizábal, tomo XXII de los *Episodios nacionales*. (Mitiéndose el libro en el bolsillo.) Esto no se discute: se compra. Aquí, en este libro la bandera honra y queda honrada, como en campo de honor. Amigo Navamorcuenue, leamos *Mendizábal*, vivamos mil años don Benito, busquemos un Mendizábal de veras y podremos enviar al... Gamazo á D. Germán y á don Práxedes, á D. Francisco y á D. Paco, á D. Emilio y á D. Camelo.

EL ALMANAQUE DE CALÍNEZ

De un autor chistoso que, naturalmente, no era Ramos Carrión, ni Arniches, se dijo que era la Providencia de los Almanagues.

Ahora, en cambio, el *Almanaque de Calínez*, que es el mismo Almanaque de Pifartos, de Piave, de Merínez, de Perogrúlez y del bizconde-duque de Almodóvar del Río (don Juan Manuel Sánchez Gutiérrez y Ojo de Perdiz) constituye la Providencia y el tesoro de los autores del género Auñín y de algunos del género Aguilera y de otros del género lila, que es el más en boga en nuestros coliseos.

El *Almanaque de Calínez*, que hoy damos á conocer á nuestros constantes favorecedores contiene cuentos, chistes, charadas, chascarrillos, ripios sueltos y atados, jaksoncapuzadas, recetas inútiles de nuestros más acreditados futuros, agudezas prematuras como las del nieto de Sagasta y *oportunidades* contemporáneas del fusilamiento del general Córdova por varios revisteros prehistóricos.

El uso del *Almanaque de Calínez* se recomienda muy especialmente á las personas ahorrativas que deseen evitarse el gasto de los teatros por horas: á los hipocondriacos lectores de las revistas cómicas de D. Ricardo de la Vega y á los inminentes redactores de *El Español* para que utilicen los chistes á manera de *tapa-Ribots* higiénicos.

Y ya que hemos hablado de gamacistas, dejemos caer la hoja... del Almanaque.

Don Cándido Lara tuvo necesidad una vez de tomar un simón para ir desde el pie izquierdo al pie derecho de Vital Aza, que estaba muy atareado escribiendo ó engrasando una *Bicicleta*.

Llegados á su destino el coche y don Cándido, éste dejó al vehículo junto al tintero de Vital, y pasaron dos ó tres horas, porque el ingenioso autor cómico estaba forceps en mano procurando extraerse un chiste que venía de cabeza.

Al cabo de las tres horas, don Cándido quiso volverse á casa, y vió que el cochero se había dormido, como cualquier abonado á la linda *bonbonniere*.

—¡Pobré hombre!—exclamó don Cándido, mirando al cochero—¡Cómo duerme! Sería un crimen despertarle...

Y hecha esta reflexión, apretó contra su seno las seis pesetas *correspondientes* á las tres horas de coche... y se metió en el tranvía que pasaba por allí cerca.

Adivinanza:

—¿En qué se parece CALÍNEZ á la *Vida Nueva*?
—En que acaba en *Zeda*.

LABOREMUS

En suma: que todos los ciudadanos trabajen cuanto puedan, santificando sus faenas y como obedeciendo á una voz misteriosa que les dijese: «Hay que trabajar por la patria».

(Don José Echegaray, en el *Discurso inaugural* del curso del Ateneo).

Quando el señor Sagasta abandone el Gobierno—que un día ú otro ha de ser forzosamente—piensa establecer una herrería, aprovechando su gran práctica en *yerros* de todas clases. De la mano de obra no sabe todavía hablar; pero es seguro que el nuevo taller será una especialidad en cerrojos.

El Sr. Silvela abandonará el campo de la política por los campos de Aranjuez, donde es muy conocido y apreciado. Utilizará la virtud especial de aquellos terrenos para sembrar espárragos en grande escala, y además piensa montar una fábrica para freirlos.

Para el Sr. Gamazo no es una novedad dedicarse á la agricultura.

Se aplicará al noble ejercicio con más afán que nunca, y piensa introducir la novedad de moler el grano en una máquina rotativa.

seguro que el Sr. Pidal montará en su tierra una gran fábrica de sidra asturiana. El líquido será espumoso, ruidoso, aparatoso y efervescente, porque será extraído de las manzanas de la discordia conservadora.

Entre los chicos de la mayoría cunde la patriótica idea de empuñar el arado en cuanto se firme la paz. Los jóvenes padres de la patria no pueden menos de recordar aquel antiguo apóstrofo:

«Para arador te sobran más de cien; para orador te faltan más de mil.»

El Sr. Montero Ríos, cuando regrese de matar á Meco, dejará los cánones y emprenderá el cultivo en grande escala del castaño con la magnífica simiente que ha recibido de los yanquis.

Los más conspicuos y un día populares republicanos, se dedicarán á hacer sogá, único oficio en que se marcha hacia atrás.

No se sabe si darán resultado las grandes plantaciones de *champignons* que los carlistas están haciendo en la frontera.

Bajo la dirección del Sr. Moré van á establecerse numerosas colonias agrícolas. Siendo colonias y con tal padrino, pronto nos quedaremos sin ellas.

LA COMPRA DE LA ROTATIVA



—Bueno; y en esta máquina ¿por dónde sale el trigo?